

presencia del cristiano en el mundo de la ciencia

T. VIVES

Nuestro tiempo es un tiempo de ruinas. No precisamente de ruinas materiales —hoy se edifica más y mejor que nunca—, sino de ruinas ideológicas. Se han roto demasiados pilares conceptuales y filosóficos para que todo el universo de creencias e ideologías, edificado sobre esos pilares, pueda seguir sosteniéndose. Y los cielos se han roto y se han venido abajo, arrastrando en su ruina a los dioses que los habitaban. En medio de ese caos de ruinas conceptuales, el hombre moderno se siente cada vez más inseguro y no sabe con certeza qué creer.

Esa inseguridad intelectual es uno de los rasgos característicos más acusados de nuestra época. Esa incertidumbre, ese desmoronarse de antiguas creencias, se detecta cada vez con más fuerza por todo nuestro planeta. Y son precisamente las naciones técnica y científicamente más avanzadas, de nivel de vida más elevado, las que acusan más netamente la ruina de los antiguos cielos. ¿Por qué? ¿Cuáles son las fuerzas que están operando así sobre la capacidad razonadora del hombre? ¿Cuál es esa dinámica demoledora de ideologías? Son estas preguntas muy graves y de contestación muy difícil. Su gravedad radica en la importancia que las ideas tienen para el comportamiento religioso, moral, laboral y social de los hombres. Porque en definitiva, es el mundo de las ideas el que condiciona y dirige inexorablemente la actividad humana. La dificultad de dar una respuesta satisfactoria a tales cuestiones se debe a la complejidad de las causas y a la falta de perspectiva histórica. Sería pueril encasillar un problema tan polifacético y complicado, como es la evolución del mundo de las ideas, dentro de esquemas simplistas o de paradigmas preconcebidos. En éste, como en todos los problemas que tratan de investigar el mundo que nos rodea, es absolutamente necesario partir de una epistemología y un estudio objetivo y completo de los hechos, para poder después elaborar una teoría satisfactoria que los explique. La verdad se halla a posteriori, no a priori. Primero hay que aceptar honestamente la realidad, tal como se presenta objetivamente en la experiencia humana, estudiándola en todas sus manifestaciones del modo más completo posible. Pretender encajar la realidad, quepa o no, dentro de un esquema mental prefabricado, sólo conduce a una distorsión de la verdad y a una pérdida parcial o total de la misma.

Y sin embargo, esto último es lo que los hombres venimos haciendo desde hace siglos, yo diría desde siempre. Hijo cada uno de su tiempo, se nace no sólo en unas determinadas circunstancias materiales, sino además dentro de una ideológica concreta. El ambiente familiar y social

modela la inteligencia de cada hombre, estructura y ordena sus ideas, desarrolla en determinadas direcciones su capacidad pensadora, fija sus creencias religiosas. En el mundo de las ideas el hombre no es solamente hijo de su tiempo, es además su esclavo. Y cuando llega a la mayoría de edad intelectual se encuentra dotado de un esquema mental prefabricado, de una ideología, que le ha sido impuesta por una suerte de lavado cerebral exigido necesariamente por la naturaleza misma de su desarrollo intelectual dentro de circunstancias ideológicas determinadas.

Es cierto que ese lavado de cerebro tiene sus ventajas. Gracias a él, la mente humana adquiere la experiencia intelectual de generaciones pasadas. Los tanteos de numerosos hombres en busca de la verdad, cristalizados en ideologías diversas, son elementos de gran valor que, aunque impuestos de una manera más o menos dogmática y dictatorial, enriquecen a la mente humana. Y a la par que se enriquece con nuevas ideas, su capacidad reflexiva se desarrolla. Sus ideas se agrupan en esquemas ordenados y razonables que a su vez determinan, dentro de los cauces de la libertad humana, una conducta también ordenada y razonable. La visión personal del mundo adquiere así un sentido más o menos coherente, impuesto sí, pero sentido al fin de cuentas y necesario para el desarrollo normal del hombre.

Porque además, ¿qué otra alternativa le queda? Ninguna. Nadie puede sustraerse al mundo ideológico que le rodea y modela intelectualmente. Verdad evidente durante la minoría intelectual del hombre. El niño que aprende y desarrolla paulatinamente su inteligencia, se ve obligado a aceptar una ideología concreta en virtud de un principio de autoridad. Pero es que el hombre adulto intelectualmente tampoco puede escapar por completo a la ideología que le ha formado previamente y que generalmente sigue condicionando la atmósfera intelectual en que se encuentra inmerso.

La dinámica ideológica del hombre —y paralelamente de la sociedad formada de hombres— podría pues resumirse en líneas generales así: el hombre concreto no crea independientemente el conjunto de ideas que forma su visión personal del mundo, sino que adquiere esa visión a través de una ideología que le viene impuesta desde fuera por las circunstancias. En ese proceso necesario de conformación a una ideología, el hombre se enriquece, sus horizontes intelectuales se dilatan, su visión del universo se ordena. Pero ese orden, esa dilatación y ese enriquecimiento de ideas se realizan en una determinada dirección, impuesta precisamente por una ideología determinada. De esta forma, lo que gana el hombre en visión y orden, lo pierde en posibilidades de adoptar otro ordenamiento y otra visión del mundo. La adopción de una ideología excluye necesariamente a las demás ideologías posibles. Es la autopista que permite al viajero moderno desplazarse rápidamente en automóvil en una dirección, pero a costa de la libertad del hombre de las cavernas de explorar el mundo a pie en todas direcciones.

Ahora bien, esta dinámica del pensamiento humano coloca al hombre precisamente en esa situación radicalmente falsa que he mencionado más arriba. Porque estructurada su mente por una ideología definida y concreta, el hombre tiende inevitablemente a encasillar la realidad, que-

pa o no quepa, dentro de su ideología. Prisionero dentro de su visión concreta del mundo, no parte de un estudio objetivo de los hechos para terminar en una explicación intelectual satisfactoria de los mismos. Por la fuerza misma de sus ideas, impone más bien su ideología sobre los hechos, obligando consciente o inconscientemente a los mismos a adaptarse a la estructura ideológica de su visión cósmica. Camino, como ya he indicado, que conduce a la distorsión de la verdad y al error.

Y nótese bien, que no niego en absoluto la capacidad de la mente humana para conocer la verdad. Todo lo contrario. El análisis precedente supone esa capacidad, e indica además el método correcto para llegar a la misma: partir de los hechos bien establecidos de experiencia humana para llegar a una explicación verdadera de los mismos. Precisamente la existencia de esa capacidad de la mente para la verdad, que implica un método adecuado para conseguirla, es la que entra en conflicto con el condicionamiento ideológico impuesto a priori a la mente por las circunstancias concretas en que se encuentra. Conflicto que constituye la gran tragedia intelectual del hombre adulto y que es la raíz, en mi opinión, del caos ideológico en que está desembocando el hombre moderno. Atenazada por ideologías prefabricadas, la mente se debate cada vez con más fuerza en busca de la verdad, hasta llegar a romper en pedazos esas ideologías, arrastrando en su ruína lo que pudieran tener de verdadero o erróneo.

En este punto es necesario salir al paso de los eternos pesimistas, que sólo ven el aspecto negativo en la crisis de ideas del mundo actual. Nada más noble que esa lucha ideológica del hombre en busca de la verdad, ese no conformismo con estructuras mentales preestablecidas sin pruebas suficientes, esa crítica insobornable de fundamentos. Es cierto que el principio de autoridad sufre, pero en el plano de las ideas el principio de autoridad no tiene valor, si no está suficientemente justificado en ese mismo plano.

La misión del científico adquiere su verdadero valor y sentido, su urgente actualidad, dentro del marco de esta lucha de ideologías. Porque en el mundo de las ideas, sólo influyen eficazmente las ideas. Ahora bien, el problema religioso del hombre actual es fundamentalmente un problema ideológico. Por eso el apostolado en el campo de las ideas, objetivo primordial del apostolado de la ciencia, es de importancia fundamental y decisiva en el problema religioso actual.

Cabe preguntarse sin embargo, si realmente la crisis religiosa de la sociedad moderna es fundamentalmente un conflicto de ideas. Porque al parecer no siempre ha sido así. En épocas pasadas, por otra parte no tan lejanas de nosotros, se han alzado movimientos políticos y económicos bajo la bandera de la fe religiosa. Los términos guerra religiosa y guerra política se aplican no pocas veces al mismo conflicto armado, y los historiadores difícilmente pueden separar la razón religiosa de la razón de estado. Son épocas en las que la religión venía impuesta por el rey o la facción política, y se consideraba traidor al que profesaba la religión del enemigo. ¡Qué diferente es la situación del hombre moderno! El proceso de desacralización de las estructuras económico-sociales ha conducido al estado no confesional. Las estructuras políticas se inde-

pendizan de la religión, cuando no la combaten más o menos abiertamente. De esta forma el fenómeno religioso, considerado a escala mundial, se va refugiando cada vez más claramente en la conciencia individual. La religión deja de ser bandera política o familiar, y pasa a ser un asunto privado. Se cree o no se cree según las ideas personales de cada uno. La religión se convierte así primordialmente en un problema ideológico que afecta a la conciencia particular del individuo.

Así pues, la lucha religiosa es hoy en primer lugar un lucha de ideas. De ahí la necesidad insoslayable para el apostolado moderno de influir en el mundo de las ideas. De oponer a unas corrientes ideológicas en estado de descomposición estructuras intelectuales que aparten la luz de la ideología cristiana que las vitaliza. Nada más urgente para la Iglesia que reestructurar en profundidad la verdad eterna con el ropaje de una nueva mentalidad ideológica adaptada a nuestro tiempo. De ahí la candente necesidad de la investigación teológica y filosófica, del trabajo científico en todas las esferas de la cultura y del pensamiento modernos.

La humanidad actual, por otra parte, se caracteriza por su ambiente cultural científico y técnico. La explosión de la ciencia, a la que estamos asistiendo, ha sacudido la vida del hombre desde sus cimientos. La sociedad se reestructura rápidamente con una nueva mentalidad científica y con una nueva mística tecnocrática. La ausencia de la Iglesia verdadera y del pensamiento religioso en la edificación de la ciudad terrena bajo el signo de la cultura científica, constituye en la actualidad el peligro más grave para la religión. La Iglesia siente esa necesidad perentoria de su presencia en el mundo científico. Los documentos del Concilio Vaticano II, especialmente la constitución *Gaudium et Spes*, no permiten la menor duda a este respecto. Presencia, juntamente del laicado y del sacerdote, en el campo de la investigación, de la enseñanza superior y de la lucha ideológica.

Tal es el significado y actualidad del apostolado de la investigación científica. Que no es, pues, ni debe ser una posición pasiva de resolver dificultades contra nuestra fe, ni tampoco de sólo dar prestigio a la Iglesia. Lo sustantivo es la posición positiva consistente en la investigación y el estudio. Porque sólo así es posible influir en la ideología científica, abrir el diálogo con laicos y ateos, dar testimonio de Iglesia en una sociedad que se estructura científicamente, influir con mentalidad científica en la ideología católica. Por eso el apostolado científico tiene a la ciencia no sólo como instrumento, sino también en cierto sentido como fin. Su labor específica es la investigación científica estrictamente tal, en provecho de la ciencia misma.

La misma enseñanza desde la cátedra, que puede ser una ayuda, no debe ser la actividad esencial del hombre de ciencia. Muchos menos la vulgarización científica. La razón es obvia para el que considera lo que es el apostolado científico. Se trata de construir y hacer progresar, por medio de la investigación y con ideología católica, a la ciencia tanto teológica como profana. La divulgación no construye, difunde lo ya construido. Por eso la divulgación —de transcendental importancia por otro lado— no es propia del hombre de ciencia.

El común denominador de este trabajo científico es su extraordinaria dificultad y dureza. La verdad es austera. Pero más austera aún es la búsqueda de la verdad. La dedicación del científico cristiano le obliga a renunciar a muchos consuelos que, en otros campos de apostolado, proporciona el trato directo con los hombres. Después de la larga y penosa preparación exigida para su trabajo de investigador, el apóstol de la ciencia, confinado en la soledad de su cuarto de trabajo o de su laboratorio, sabe sin embargo que en realidad está luchando en la vanguardia de la Iglesia en el mundo de las ideas. Comprende que sus esfuerzos no pueden producir resultados palpables ni inmediatos pero que, en la misma medida que ocultos, son trascendentes y universales. Le sería fácil ceder a las exigencias de un pastoralismo miope, dedicándose con éxito fácil al apostolado del practicismo religioso. Pero respetando el valor y la necesidad también urgente de otros apostolados, considera con una visión más profunda y objetiva de las cosas, que en el mundo moderno la crisis de prácticas religiosas tiene sus raíces en la crisis de ideologías y prefiere atacar a las raíces del mal. El científico cristiano es consciente, en definitiva, de que la reedificación de un edificio en ruinas no se arregla con parches en el tejado, sino reestructurando y consolidando los fundamentos.